

EFRAÍN HUERTA
POESÍA COMPLETA



POESÍA COMPLETA

Poesía completa

EFRAÍN HUERTA

Prólogo de
DAVID HUERTA

Edición de
MARTÍ SOLER



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (Letras Mexicanas), 1988
Segunda edición, 1995
Tercera edición corregida y ampliada, 2014

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Huerta, Efraín

Poesía completa / Efraín Huerta ; ed. de Martí Soler ; pról. de David Huerta. — 3ª ed. — México : FCE, 2014
653 p. ; 23 × 15 cm — (Colec. Poesía)
ISBN 978-607-16-1929-7

1. Poesía 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Soler, Martí, ed.
II. Huerta, David, pról. III. Ser. IV. t.

LC PQ7297

Dewey M861 H887p

Diseño de interiores y portada: León Muñoz Santini

D. R. © 2014, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-1929-7 (rústico)
ISBN 978-607-16-2074-3 (electrónico-epub)
ISBN 978-607-16-2104-7 (electrónico-mobi)
ISBN 978-607-16-4771-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

<i>Prólogo</i> , por David Huerta	9
<i>Nota a la primera edición</i> , por Martí Soler	27
<i>Absoluto amor</i>	31
<i>Línea del alba</i>	57
<i>Poemas prohibidos y de amor [I]</i>	65
<i>Poemas de guerra y esperanza</i>	81
<i>Poemas prohibidos y de amor [II]</i>	99
<i>Los hombres del alba</i>	105
<i>Poemas prohibidos y de amor [III]</i>	157
<i>La rosa primitiva</i>	171
<i>Los poemas de viaje [1949-1953]</i>	181
<i>Estrella en alto</i>	219
<i>Poemas prohibidos y de amor [IV]</i>	253
<i>El Tajín y otros poemas</i>	275
<i>Responsos</i>	293
<i>Poemas prohibidos y de amor [V]</i>	313
<i>Los eróticos y otros poemas</i>	321
<i>Circuito interior</i>	415
<i>50 poemínimos</i>	461
<i>Amor, patria mía</i>	481
<i>Transa poética</i>	495
<i>Dispersión total</i>	515
<i>Poemas no coleccionados</i>	571
<i>Noticia bibliográfica</i>	615
<i>Índice de títulos y de primeros versos</i>	625
<i>Índice general</i>	651

Libro central. En 1944, a los treinta años de edad, Efraín Huerta publica *Los hombres del alba*, libro central de su obra poética. El año anterior había salido, junto con otros escritores y periodistas —entre los que se contaban Enrique Ramírez y Ramírez, José Alvarado, Rodolfo Dorantes y José Revueltas, todos ellos miembros de la célula “José Carlos Mariátegui”, llamada así en homenaje latinoamericanista al pensador del Perú—, del Partido Comunista Mexicano, expulsado por la dirección encabezada por Dionisio Encina. Atrás han quedado las jornadas antifascistas de la Guerra Civil Española y el Socorro Rojo Internacional, el recibimiento cardenista a los derrotados de la República, los años sangrientos de la segunda Guerra Mundial (aún faltaba lo peor, la pesadilla de agosto de 1945: Hiroshima y Nagasaki). El país vive los últimos años del avilacamachismo y en Europa se libran las batallas finales, de inspirador aliento épico: el Ejército Rojo avanza incontenible y los Aliados desembarcan en Normandía. La vida de la generación política, periodística y, desde luego, literaria y poética a la que pertenece Efraín Huerta está, pues, llena de cosas y de presencias, de estímulos y de motivos para la pasión. En ese mismo 1944, en Madrid aparece *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso. Los dos libros, el de Huerta y el de Alonso, observa José Emilio Pacheco, “sin posibilidad de influencia mutua tienen numerosas semejanzas y una vasta descendencia en sus respectivos países”. Son libros hermanos que se desconocen, pero que ahora podemos reconocer plenamente como tales.

¿Por qué *Los hombres del alba* es el libro central en la obra poética de Efraín? Porque en sus páginas recoge y proyecta la experiencia poética de la ciudad moderna en que se ha convertido la capital de nuestro país; porque en ese libro se afinan y se perfeccionan, en la tesitura de un tono propio, los grandes temas del amor y de la solidaridad, sellados por una noble pasión trágica; porque el dramatismo de la expresión se conjuga con una ternura indeleble ante la formidable, perturbadora y totalizadora irrupción de las injusticias del capitalismo; porque, en fin, en *Los hombres del alba* Efraín Huerta

encuentra su voz, como suele decirse, y la convierte en un instrumento de afirmación y protesta, de intensos relieves líricos, proféticos, plásticos. Muchos años después, con sus poemas de escarnio y de humor devastador, estos rasgos irán adquiriendo toda su fuerza. Los poemas que escribe Efraín después de la aparición, en 1968, de su obra reunida (*Poesía 1935-1968*) son piezas que lo harán, en definitiva, una figura central de nuestra literatura en el siglo xx. Todo ello, con una sensible desventaja para la percepción y valoración justas de su obra: los poemínimos, por ejemplo, al lado de textos como “Juárez-Loreto”, harán pensar y sentir a muchos lectores que en eso consiste *toda* la poesía de Efraín, lo cual no sólo es inexacto sino de todo punto injusto. Olvidan de esa manera el papel de pieza maestra que en el conjunto de su trabajo tiene *Los hombres del alba*, un libro más bien “orozquiano”, según Rafael Solana; un libro sombrío y conmovedor, un libro del alba y de la noche en su difícil conjunción, un libro de angustia y de ternura desesperada, adusto, concentrado, amoroso —pero no humorístico, en absoluto—. Catorce años más tarde, en 1958, apareció una notable novela que complementa, sin proponérselo, la visión de Huerta sobre el México moderno y su terrible metrópoli: *La región más transparente* de Carlos Fuentes. (El título venía de un texto memorable de Alfonso Reyes, el patriarca de la literatura mexicana durante varias décadas.) La transformación capitalista del Estado y de la sociedad mexicanos tienen, ya, con esos textos, una expresión y una traducción lírica y narrativa.

Sin una lectura cuidadosa de *Los hombres del alba* la visión de la obra de Efraín Huerta resulta penosamente parcial, incompleta, mutilada. Sí, desde luego los poemas de la última época son una admirable explosión jovial —no por festiva menos amarga, en ocasiones autoescarnecedora—, una saludable muestra de desenfado y *desmadre*, una lección de frescura y de ardiente ironía; pero sin la lectura, nada complaciente, de “La muchacha ebria” y de las declaraciones de amor y de odio a la Ciudad de México, entre otros poemas de ese libro central, los textos finales de Huerta quedan despojados de su antecedente más fértil y más poderoso. En ello consiste la riqueza de la obra poética de Efraín Huerta: en su formidable diversidad, en su variedad irresistible.

La “vasta descendencia” de este libro, como dice José Emilio Pacheco, ya es toda una ancha corriente de poesía mexicana; no la única, desde luego, y en ocasiones tampoco la más valiosa —en buena parte porque resulta devorada por una retórica de lo tremendo y de lo visceral que no ha limado sus asperezas en los delicados cristales de muchos poemas de, por ejemplo, Efraín Huerta—.

Registros. Los registros de la obra de Efraín Huerta son muy amplios. Van desde la delicadeza lírica del amor declarado con tonos impresionistas, como en una acuarela o en un aguafuerte, hasta los estallidos de sensualidad alburera dedicados a fastidiar a las “almas bellas”, como las intranquilizadoras “Barbas para desatar la lujuria”. Abarcan lo mismo el poema civil que el poema familiar, la viñeta paisajista y las alucinaciones apocalípticas. Tienen valores sensibles de muy diferente linaje: hay en la obra de Efraín “veloces y dispares endecasílabos”, en ocasiones, según oportuna descripción de su propio autor; madrigales de equilibrada armonía (como sus *almidas* y un extraño poema escrito para un ballet: “Los perros del alba”) y piezas graves de tonos profundos, solemnes, ceremoniales; frescos de gran amplitud épica, donde podemos *ver* las calles de las ciudades o la aventura mítica, simbólica y verdadera de una pirámide totonaca (*El Tajín*); versos libres de una soltura impecable, que llevan con gracia clásica las huellas de la conversación; textos que no es difícil ni aventurado describir como “artículos puestos en verso” (como “Un hombre solitario”, que documenta la obstinación y la fidelidad políticas de Efraín Huerta); poemas de ocasión, siempre puntuales y halagadores, como una carta recibida en el momento oportuno y escrita, desde luego, con tino amistoso o amoroso. El sarcasmo se alía con el erotismo; la mirada de la indignación y la cólera política se une con la dulzura de los sueños amorosos; el despecho y la alegría se confunden, se afirman y se niegan. El alba predomina con majestad y preside la noche que pasó, el día que vendrá y todas las noches y días.

Dos poemas. Dos grandes poemas, separados por diecisiete fecundos años de creación, marcan la etapa final de la poesía de Efraín: *El Tajín*, de 1963, y *Amor, patria mía*, de 1980. Ambos son, a su modo

cada uno, textos de trayecto, poemas iniciáticos: la historia, el cuerpo femenino, el devenir nacional en sus dimensiones metafísicas, la intimidad celebratoria de los cuerpos son sus etapas.

“El Tajín” se sitúa conscientemente al lado y después de varios textos de poesía civil, fruto de las luchas populares de fines de la década de 1950. Como si la ira de “Mi país, oh mi país” y la “Elegía de la policía montada” se hubiera atemperado y, al mismo tiempo, concentrado; como si el poeta tomara una distancia o perspectiva más amplia, que contiene todo el cuerpo de la patria y la contemplara en su horizonte trágico; como si en el símbolo de la pequeña pirámide calendárica Efraín descifrara el hondo relieve del drama nacional, los versos de “El Tajín” transmiten todos los valores de una escena grandiosa y resonante: la de México en su devenir, sintetizado en los nichos y las columnas de una civilización muerta o, más bien, suspendida en una intemporalidad más allá de la historia —pero que contiene la historia—. El calor calcinante es la primera nota de este canto sobrecogedor. La mirada poética recorre el templo desolado, los jardines de un verdor asfixiante; en el centro de la escena, la pequeña pirámide que al cabo de los siglos “podrá cerrar los ojos”. Las palabras finales son una *apocatástasis*: el regreso de todas las cosas a su origen, tema recóndito de *Muerte sin fin*, de José Gorostiza, según ha señalado Salvador Elizondo. “El Tajín” indica el espacio vacío de esa vuelta al origen: la nada. ¿El ciclo recomenzará? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que la emoción poética ha conseguido para nosotros la negación de esa nada: las palabras ardientes y el sueño lúcido del visionario son el testimonio, frágil y poderoso al mismo tiempo, de que en el devenir del país hubo una mirada y un lenguaje para decirle a la memoria lo que deberá conservarse y renovarse, como en una ceremonia ritual de regeneración de las cosechas. “El Tajín” es un poema transhistórico, mítico; pero es, a la vez, un testimonio directo de lo que ha quedado atrás... y no es exagerado afirmar que es una justa profecía de aquello que vendrá. Lo que quedó atrás, en ese 1963 del poema, es el final violento de una década en que corrió injustamente la sangre de mexicanos que luchaban por una “patria sin crímenes” (ferrocarrileros, maestros, petroleros) y en que dirigentes honestos de los trabajadores fueron perseguidos y encarcelados; en cuanto a lo que vendrá, tiene el nombre amplio e

intenso de una sola fecha: 1968, año en que aparecerá, más que significativamente, la *Poesía 1935-1968* de Efraín Huerta, impresa por la editorial Joaquín Mortiz y en dos ediciones simultáneas —una dentro de la popular Serie del Volador, la otra en la colección poética Las Dos Orillas—.

Hay que señalar lo que sigue a manera de paréntesis: no es verdad que Efraín Huerta fuera un “poeta marginal”, como se dice ahora. Siempre, a partir de la aparición de *Absoluto amor* en 1935 con el sello de Fábula, Efraín fue considerado en todas las antologías de poesía mexicana y en las historias de la literatura nacional; fue traducido a varios idiomas y, en los últimos nueve años de su vida, luego de una penosa intervención quirúrgica que lo despojó de la voz física —una laringectomía practicada a raíz de un problema canceroso—, recibió varios premios y diversos homenajes: el Premio Nacional de Literatura, el Premio Nacional de Periodismo y el Premio Xavier Villaurrutia, entre otras distinciones. Lo que Efraín *sí* era puede decirse en unas cuantas palabras: un poeta sin el menor interés por hacer una carrera literaria convencional. Era, ciertamente, un ejemplar espléndido —humana y artísticamente, si ambas cosas pudieran separarse— de la bohemia latinoamericana. Gran conversador —que por ello padeció especialmente la tremenda operación de 1973—, bebedor infatigable y lúcido, lector voraz y desordenado —pero de un ejemplar sentido del orden en el momento de sentarse ante la máquina de escribir, con libros y recortes a la mano—, amigo leal y padre cariñosísimo, fue un adorador de la Mujer y asimismo de las mujeres, si entendemos el sustantivo con mayúscula inicial en su sentido trascendental, semidivino, y el segundo sustantivo en plural (*mujeres*) en todo su significado cotidiano y carnal. Fue, por ello, un ferviente buscador de presencias y esencias, un hombre del espíritu y un individuo que buscaba en lo que sucede todos los días alguna maravilla, grande o pequeña —y solía encontrarla con pasmosa frecuencia—. Fue además un mexicano amantísimo de su país, que por turnos lo encolerizaba y lo enterneecía; mejor dicho, lo irritaba y entristecía ver cómo México se convertía en teatro del deshonor y de la violencia del poder, así como lo conmovía advertir la íntima nobleza de tantos compatriotas. El talante patriótico, que no patrioterismo, y el erotismo se traban con energía y brillantez admirables para

fluir en el poema de 1980 titulado —para anunciar desde ahí su propósito doble— “Amor, patria mía”.

“Amor, patria mía” fue publicado originalmente en Ediciones de Cultura Popular —casa editorial, durante muchos años, del Partido Comunista Mexicano, organización a la que siempre estuvo cercano Efraín Huerta (a pesar de su expulsión de 1943, decidida y ejecutada por su compadre Dionisio Encina)— con ilustraciones del pintor José Chávez Morado, “el paisa” (paisano) del poeta, así llamado pues ambos nacieron en el pequeño poblado de Silao, en el estado de Guanajuato, situado entre las ciudades de Irapuato y León. De modo similar a como el bochorno veracruzano enmarca “El Tajín”, aquí, en “Amor, patria mía”, el escenario es una cama donde los amantes conversan; o mejor dicho, donde el amante le dice a su compañera de lecho cuánto la quiere y cómo la historia nacional es como es, a sus ojos de poeta y de amante. Efraín practicó con plenitud y confianza una de las libertades que consiguieron y legitimaron algunos poetas de la primera mitad de nuestro siglo xx (Ezra Pound y T. S. Eliot, por ejemplo): la *toma* de textos ajenos —ni un préstamo ni un robo, en estricto sentido—, no poéticos a veces, y su incorporación o integración orgánica en el cuerpo del canto. Impresionan en verdad, entre otras cosas, las citas del atroz documento de excomunión de Miguel Hidalgo y la descripción de su fusilamiento. Conmueve hondamente por otras razones, en cambio, hasta la sonrisa del lector, el pequeño concierto de nombres tarascos que Efraín transcribe para trazar la ruta de José María Morelos en viaje hacia su encuentro con el Padre Hidalgo. Todo esto es, no lo olvidemos, una conversación en la cama: nunca antes se había contado así, con esa emoción jaspeada de erotismo, la historia nacional, varios de sus episodios culminantes; nunca antes se había subvertido con tanta gracia y tal desenfado el sacralizado saber de los textos oficiales, que aburren a los niños en la escuela primaria y en la escuela secundaria. El acierto de Efraín fue múltiple: escribió un poema patriótico que no se abisma en el patetismo declamatorio y, al lado de *La suave Patria* —junto a la cual puede colocarse sin desdoro—, nos ofreció un paisaje histórico nacional enormemente legible, divertido, recorrido de punta a punta por una diamantina tensión dramática; redactó un poema amoroso y erótico que en todo momento juega con las emociones y

los cuerpos, en una batalla del corazón y de la piel en la que sólo hay vencedores; consiguió concertar —en el sentido musical del término— ambos temas, hacerlos sonar y armonizar sin desafinaciones: la doble melodía logra momentos de auténtico esplendor, acordes hermosos. Es un poema único porque está construido sobre una tradición muy clara y, sin embargo, se sitúa por encima de ella, enriqueciéndola con nuevos ritmos e imágenes al tiempo que la niega.

La experiencia del amor. Con todo, tengo para mí que Efraín Huerta es esencialmente un poeta del amor. Era el suyo un amor con una multiplicidad de expresiones: amaba a su país, amaba la literatura, amaba la femineidad, amaba a su familia, amaba las causas justas de la libertad y el respeto. Pero, desde luego, la palabra y la experiencia del amor tenían que ver con la Mujer, con las mujeres. Toda la obra de Efraín está sostenida por estas presencias. Y en la relación amorosa con la amante se vive todos los registros: el despecho, el abandono, el regocijo, el desconsuelo, la compasión, la conversación, el coito, la broma, el insulto, el desdén, la envidia, la nostalgia y el desenfreno.

En muchos poemas de Huerta la tristeza preside la experiencia amorosa y su expresión en los versos; de ahí la línea inolvidable: “El amor es la piedad que nos tenemos”, con la que concluye “Los ruidos del alba”. En otros, sobre todo de la última época, la exaltación erótica borra como un vendaval las huellas del desconsuelo. El amor entre el hombre y la mujer es, en la primera época, una emoción asediada y una dimensión espiritual de la experiencia; en la etapa segunda, constituye un gozo abierto y un duelo de fuegos, una aventura corporal que es comunicada con palabras de vigor pleno y preciso.

El surrealismo y los Pablos. En los términos de la historia de la literatura, Efraín Huerta procede del surrealismo, tanto francés cuanto del que se escribió en América Latina —es un rasgo que comparte con otros poetas de su generación y de generaciones vecinas a la suya—. Un libro de Federico García Lorca fue fundamental en este terreno: *Poeta en Nueva York*, leído en aquellos años con asombro y admiración, hoy levemente olvidado, con toda injusticia.

Contra el fondo de la imaginería surrealista —mejor aún: de la libertad expresiva que el surrealismo fortaleció y difundió por el

mundo—, los poemas de Efraín de la primera época están llenos de versos atrevidos que por un lado suenan extrañamente como los textos desesperados de León Bloy y, por el otro, hacen surgir, ante nuestros ojos lectores, escenas que bien cabrían en un cuadro pintado por Paul Delvaux. Considérese este pasaje de “La poesía enemiga” como ejemplo del surrealismo de Huerta:

Ya sabes a pesar de todo
que una penumbra es el vestido invernal de los deseos,
que buscar en el alboroto de los destinos el que te pertenece
sería deshacer nudos de corbatas plateadas
o comparar un mediodía
con la punta de un puñal virgen de asesinatos.

En la poesía que escribió a lo largo de varios lustros, quedó asimismo la huella querida de sus lecturas del español Rafael Alberti, así como del argentino Raúl González Tuñón.

En 1949, Efraín vería juntos, por primera y única vez en su vida, a sus “dos Pablos”: el francés Paul Éluard y el chileno Pablo Neruda, poetas de diferentes pero solidarios surrealismos y hombres unidos por una misma, devoradora, pasión política. Era una oportunidad única para oír, en la voz viva de los maestros, la lección de las batallas del surrealismo, libradas con intensidad varios lustros atrás. Pero no. Efraín Huerta sostendría muchos años después el siguiente diálogo con uno de sus jóvenes discípulos, al que paradójicamente llamaba “viejo”, con cariño y con deferencia:

—Aquella noche, ¡ah! Estuvimos hablando mis dos Pablos y yo, hasta la madrugada. ¿Y sabes, viejo, de qué hablamos?

—No sé —replicó el interlocutor—. Supongo que de poesía...

—¡No! Estuvimos hablando toda la noche *de política*.

Si el surrealismo había remozado hasta sus fundamentos el ejercicio y la noción de *imaginación poética*, desentrañando y sacando a la luz de la escritura las figuraciones del inconsciente, no menos había contribuido a la discusión intensísima —en ocasiones terrible y de una ferocidad inquisitorial— acerca del papel de la poesía y el arte en las sociedades modernas. Éluard y Neruda, igual que Efraín, eran ya en 1949 viejos soldados de esa doble y única batalla para li-

berar las palabras y las formas —y por liberar a los hombres—. Errores, malos entendidos, olvidos y obcecaciones irían permeando las polémicas agrias. Hubo excomuniones, expulsiones, retractaciones. Los emblemas y las armas de esa guerra literaria, política e ideológica, eran unas cuantas nociones: estalinismo, realismo socialista, arte al servicio del pueblo, poesía comprometida, literatura burguesa, vanguardia (esto último, indistintamente para bien o para mal, para el denuesto o el elogio). Al final, sólo el talento y la lucidez salvarían a unos cuantos, entre los que se cuenta felizmente —¡y que todo al final fuera a la vez tan sencillo y tan complicado!— el poeta mexicano Efraín Huerta.

La larga noche en que conversó con Éluard y Neruda se convertiría con los años en una noche *poética* a contrapelo y en un recuerdo sonriente, en la memoria vivaz y celebratoria de Efraín: “¡Cómo desperdicé esas horas —se diría— hablando con esos monstruos de política, cuando podíamos haber hablado de literatura, de pintura, de cine, de la poesía y los poemas que nos apasionaban! Pero ni modo: así estaban las cosas en aquella época, que ahora parece tan lejana...” Me consta que Efraín sonreía abiertamente al recordar esa noche.

Hijos de la revolución y de la guerra. Todo había empezado para él en la década de 1930, cuando entró en la Escuela Nacional Preparatoria. El corazón y la inteligencia de Efraín Huerta encontrarían, entre los muros de San Ildefonso, a sus pares y a sus interlocutores. Hacia 1938 aparece el primer número de la revista *Taller*, publicación que le dará nombre a la generación de Huerta (Rafael Solana, Octavio Paz, Alberto Quintero Álvarez, además de amigos cercanos, como el malogrado Cristóbal Sáyago). En una nota de su prólogo a la antología *Poesía en movimiento* (1966), Octavio Paz puntualiza y define, describe las diferencias y señala con claridad los acuerdos:

Los poetas de este grupo (Taller) intentaron reunir en una sola corriente poesía, erotismo y rebelión. Dijeron: *la poesía entra en acción*. Su tentativa fue distinta a la de los “estridentistas” que unos años antes se habían servido de la Revolución como de otro elemento (sonoro) más, en su estética de timbre eléctrico y martillazo. El grupo también se

opuso a los secuaces del “realismo socialista”, que en esos días comenzaban su tarea de domesticación del espíritu creador.

En 1935 Efraín entró en la Federación de Estudiantes Revolucionarios y sólo un poco más tarde ingresó en la Juventud Comunista. En esos mismos años define y consolida su vocación periodística en todos los géneros —es reportero, reseñista, editorialista, crítico de cine, entrevistador, cronista de espectáculos— y abandona para siempre los estudios de abogacía. Será periodista toda su vida: antes de ser internado, en 1982, para su viaje final, fue posible aún verlo sentado ante la máquina de escribir, preparando un artículo urgente o puliendo un poema. El periodismo, la política, el cine, la lectura, la conversación y, sobre todo, la poesía, inundan su vida. Los casi 68 años de su existencia física coinciden con los episodios más importantes y decisivos de la modernidad en su país y en el mundo. Anota José Emilio Pacheco en el prólogo al libro de recuerdos de Efraín titulado *Absoluto amor* (de 1984; edición de Mónica Mansour): “En el sentido más literal y descarnado los tres escritores nuestros nacidos en 1914: Paz (marzo 31), Huerta (junio 18), Revueltas (noviembre 20) son los hijos de la Revolución mexicana y de la primera Guerra Mundial”.

Vida fecunda, vida vivida a puñados, con el alma, con los sentidos del cuerpo y los sentidos del cuerpo del alma, como le gustaba recordar a Efraín Huerta que escribió Jean Cocteau, la del poeta mexicano. A la serie deslumbrante de los resonso (Kafka, Hemingway, Rubén Darío, entre otros) habría que agregar el resonso mayor en la vida de Efraín Huerta: su obra entera, recogida en estas páginas. Un resonso en el que caben muchas cosas, presencias, valores, contravalores. Leer esta poesía es entrar de lleno en un mundo personalísimo donde relampaguean las pesadillas, se ensombrecen los muros con la rabia de “los hombres del alba”, resuenan las mentadas de madre de la furia ciudadana, se escucha el murmullo escalofriante de las luchas presentes y de las batallas del porvenir.

Maestros y lecturas. Efraín Huerta tuvo maestros estupendos. He aquí algunos nombres: Rafael Alberti, Federico García Lorca, Raúl González Tuñón, Pablo Neruda, Paul Éluard, Louis Aragon, Regi-

no Pedroso, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Ernesto Cardenal (más joven que él), Hans Magnus Enzensberger (también más joven que él)... Es una lista *sólo* de poetas, por lo tanto doble o triplemente incompleta. La investigación de la lista total de quienes conformaron su estilo y le dieron los recursos expresivos de que se valió con tal generosidad y energía significaría una empresa imposible: conocer la totalidad de sus abundantísimas lecturas, de las cuales, tengo la impresión, no desperdiciaba nada. Con un poeta y fabulador en apariencia tan diferente de él como el cubano José Lezama Lima mantuvo una correspondencia extraordinaria, llena de delicado y respetuoso entendimiento. Cuando Efraín fue operado de la laringe en 1973, José Lezama Lima le envió una carta de consuelo y aliento que es una pequeña obra maestra de piedad cristiana y poética y de sincera amistad.

Su curiosidad intelectual se manifestó desde la temprana juventud. Los jóvenes preparatorianos de la década de 1930 daban la impresión de haberlo leído todo: Efraín Huerta no era la excepción. Conocía a sus clásicos más de lo que su desenfado y su vocación desencaminadora harían sospechar: se divertía haciéndose fama de maleducado y antilibresco, cuando la verdad simple y llana es que era —como quedó anotado líneas arriba— un lector omnívoro, con un impecable juicio crítico. Recuerdo que leía *Rayuela* y las novelas de Sartre con varios mapas de París a su lado, para seguir los viajes de los personajes por la ciudad. Hay hasta guiños barrocos y populares en algunos de sus poemas: ¿no vienen de Góngora y del canto del pueblo español las líneas de “Los árboles de Eriván”, incluido en *Los poemas de viaje*: “Los árboles de Eriván/cantando vienen y van...”? Letrilla gongorina: “Los dineros del sacristán/cantando se vienen, y cantando se van...”

Geografía, pintura. La geografía en los poemas de Efraín Huerta merecería un estudio especial. El sentido del paisaje se complementa en sus poemas viajeros con una sensibilidad muy atenta para percibir y registrar el pulso de las ciudades. De un lado, el espectáculo de la naturaleza con sus ríos, bosques, desiertos, selvas, mares y playas; del otro, la cercanía de los hombres entre los muros de los edificios y las casas, los monumentos y las calles, los escenarios de los traba-

jos y los días. Historias enigmáticas en su trazo adquieren un sesgo novelesco por la acción de un romanticismo ligeramente pícaro. Un ejemplo espléndido de esto es el poema “Praga, mi novia”. En 1984 tuve la oportunidad de documentar, leyendo la inscripción al pie de la estatua de san Juan Nepomuceno, las líneas de ese poema en que Efraín llama a ese personaje “santo de piedra, santo de agua, mudo, ahogado”. San Juan Nepomuceno fue arrojado a las aguas del río Vltava desde el puente del Rey Carlos en el año de 1383; 300 años más tarde fue erigida su estatua, en recuerdo de su martirio. Efraín evoca en 1956 todo eso, en versos idénticos del pasaje inicial y en el remate del poema. San Juan Nepomuceno está mudo porque ha muerto ahogado y doblemente mudo porque ha sido transformado en la piedra de su estatua, a cuyo pie Lily espera al poeta —Lily, la tímida muchacha católica que le sirve de guía en los paseos por la mágica Praga, ciudad a la que Efraín hará su novia para siempre—. La geografía de las ciudades está, pues, animada poderosamente por una imaginación llena de curiosidad, ávida de darles sentido poético a todos los datos. Si pasamos de las ciudades extranjeras al paisaje mexicano, leemos textos igualmente animados por la pasión geográfica de Efraín: léase, al respecto, “Luminaria de Guanajuato”, para no hablar de nuevo de “Amor, patria mía”. O los poemas caribeños de 1969, agrupados en “Cuba revelación”. El amor por los mapas, en Efraín, se perfeccionaba con su pasión desmedida por coleccionar tarjetas postales.

La comparación entre la pintura de José Clemente Orozco y la poesía de Efraín Huerta, montada por Rafael Solana en el prólogo a *Los hombres del alba* —un texto crítico que Efraín apreció siempre, contra la opinión de quienes lo consideraban injusto y miope, sin entender que era un texto perfectamente fechado, ajustado a lo que *entonces* era la poesía de Huerta—, funcionaba bien en 1944. Con los años, los colores trágicos en la obra de Efraín fueron enriqueciéndose; por lo demás, en los libros de la primera época abundan los tonos fríos (blanco, plata, añil, azul); pero casi nunca los cálidos colores que Orozco maneja con tan desconcertante sobriedad y vigor, cualidades de fortaleza expresiva que, en cambio, sí comparte con la poesía de Efraín. La *paleta* de Efraín, pues, fue llenándose de tonos nuevos, inéditos: las pinceladas de los poemínimos se parecen

a esos trazos de las tintas japonesas que apresan, con sabiduría y absoluta exactitud, una esencia, lo sustancial de un gesto, de una frase, de un modo: parecen fáciles de hacer, como las labores de las tejedoras de Oaxaca —la comparación, hermosa, se debe a José Emilio Pacheco—, pero su dificultad intrínseca e instrumental aparece con toda su exigencia cuando intentamos escribir uno que resulte auténtico. Esa facilidad para transcribir los valores del ingenio conversacional no se da en todos los escritores; cuando aparece, es un toque de la gracia, con el que Efraín Huerta contaba y que sabía poner de su lado. La solemnidad de su poesía no disminuyó, como lo prueban “El Tajín” y los responsos —una solemnidad que viene del Antiguo Testamento, terrible, savonarólica (Solana comparó a Efraín con el apocalíptico predicador florentino)—. Esa solemnidad fue simplemente abriendo espacios a otras maneras de la vocación artística de Efraín: los colores cálidos del amor sensual, las líneas agudas del dibujo humorístico (caricaturesco, por supuesto), la trama de historias tejidas con un sentido plástico amplio y ágil. Efraín era, por cierto, un dibujante dotado y un excelente calígrafo. No es difícil suponer que la comparación que hizo Solana entre su poesía y la pintura del gran Orozco lo halagara especialmente. La riqueza de sugerencias visuales en la poesía de Efraín Huerta es un filón vasto: un tema del que poco se ha ocupado la crítica, ciertamente.

Un par de palabras. Lo mejor que podemos hacer con un escritor que admiramos —un poeta, un narrador, un ensayista, un periodista— es leerlo. La publicación de la poesía completa de Efraín Huerta es la más seria y más plena invitación a visitar de nuevo su obra y a conocer, con toda seguridad, muchas piezas que están aquí luego de lustros o décadas de publicadas por vez primera, gracias a la acuciosidad de Martí Soler, quien ha cumplido una labor de investigación y rescate que merece todo nuestro agradecimiento. Con todo, no es ésta una *edición crítica* en el sentido de contar con un aparato documental exhaustivo; es una dignísima edición de “poesía completa” de un autor sobre el que hemos oído hablar mucho pero sobre el cual no se han escrito textos críticos de calidad —sustento de una edición que merecería realmente el calificativo de *crítica*—, lo cual resulta una verdadera lástima. Los artículos y ensayos que le ha de-

dicado José Emilio Pacheco, a los cuales remitimos, son muestras de una lectura cuidadosa y entusiasta, siempre puntualmente documentada e inteligente; son lo mejor que se ha escrito sobre la poesía de Efraín Huerta. La publicación de la *Poesía completa* es una buena razón para ampliar el horizonte crítico de nuestra literatura y el asedio a una obra cuyo prestigio y vigencia no tienen un equivalente reflexivo y analítico, una respuesta crítica a su altura. No es el caso, aquí, de repetir tantos lugares comunes en torno a la ausencia de crítica literaria en nuestro país; no creo que nos falte crítica literaria: nos ha faltado mucho tiempo y ahora que existe no la percibimos. Sencillamente hace falta ir llenando lagunas, una de las cuales se extiende en torno a los poemas de este libro.

Leer a un autor, por lo demás, no quiere decir siempre —mejor dicho: casi nunca— leerlo críticamente. Esto último viene siempre en un momento segundo, posterior —y puede constituir un goce peculiar, un placer pleno—. Leer a Efraín Huerta, leer sus poemas, es sencillamente conocer un espacio expresivo sin el cual, acaso, o seguramente, este país sería ininteligible. Es cierto que los poemas de Efraín expresan este país; dicen de una sensibilidad delicada, violenta, siempre genuina y apasionada; pero no es menos cierto que ahí precisamente donde la poesía de Huerta es más mexicana se convierte con más intensidad en una obra universal. Algo semejante ocurre con la obra de Juan Rulfo, que escribió no estrictamente sobre México, sino más bien sobre una región de un estado del Occidente de nuestro país, la zona donde se juntan Jalisco y Colima.

Se dice con facilidad extrema que Efraín Huerta era o es el Poeta de la Ciudad de México. O el inventor y practicante luminoso de los ingeniosísimos poemínimos, que han vuelto al habla popular, de donde salieron en un momento de genio de nuestro poeta. O el poeta del *relajo*, esa experiencia-expresión nacional sobre la que hizo una reflexión fenomenológica Jorge Portilla. O la voz de “los de abajo”. Un amigo suyo de casi toda la vida lo describió, en febrero de 1982, a unos pocos días de su muerte, como “un poeta de élites”. Las opiniones difieren, como las lecturas; los criterios para juzgar son extremadamente vagos: siempre es más preciso el hedonismo de una lectura entusiasta. La multiplicidad errática, no pocas veces arbitraria, de las lecturas, sin embargo, ha dado un resultado de suma

claridad: la poesía de Efraín Huerta no forma sólo parte de la literatura mexicana y tiene en ella un valor destacado, plenamente justificado, como puede leerse aquí. Es también, sobre todo, parte de nuestras vidas. El arte regresa a la vida, de donde salió y a la que enriquece como el más delicado y poderoso de sus frutos. El árbol dorado de Goethe —caro a José Revueltas, hermano de Efraín Huerta— sigue dándonos una sombra luminosa en estas extraordinarias páginas de poesía.

Aquí están los poemas de Efraín Huerta, nacido en Silao el 18 de junio de 1914 y muerto en la Ciudad de México el 3 de febrero de 1982. Aquí está la vida de Efraín Huerta. Si pudiera encerrarse en un par de palabras el sentido último y decisivo de esa obra y de esa vida, habría que poner aquí la frase de su epitafio que es también el título de su libro de 1935: *Absoluto amor*.

DAVID HUERTA

POESÍA COMPLETA

Publicar la poesía completa de Efraín Huerta parece en principio una tarea de fácil realización, puesto que fue juntando sus poemas —de uno u otro modo— en libros cuidados, además de que él mismo dio a las prensas una poesía reunida (*Poesía 1935-1968*, volumen publicado por Joaquín Mortiz en 1968). Se trata de un intento, éste, con dos vertientes, puesto que además buscaba mejorar la visión de conjunto —con una actitud crítica— suprimiendo diversos poemas con la manifiesta intención de incluirlos en un tomo aparte (de poesía “política”, según su propia expresión), de donde surgió el volumen de *Poemas prohibidos y de amor* (publicado en Siglo XXI cinco años después). Poco más tarde, *Los eróticos y otros poemas* y en seguida *Circuito interior*, libros en los que sólo un poema largo (“Barbas para desatar la lujuria”) había sido ya editado como plaqueta, y *Transa poética*, verdadera antología de poemas sacados de aquí y de allá más unos 12 no reunidos antes en libro, y “Amor, patria mía”, suelto que había aparecido poco antes. Por esos años una *Estampida de poemínimos* reunió los poemínimos publicados en *Los eróticos* y en *Circuito interior*, junto con un librito de circulación limitada salido de las prensas de Martín Pescador y cuyo título lo dice todo: *50 poemínimos*. Poco después le sobrevino la muerte... pero póstumamente se editó *Dispersión total*, con poemas de todas las épocas que Efraín había dejado inéditos o sin recoger.

Así, no debería haber mayor problema para juntar todo y hacer con la sucesión de los libros una *Poesía completa*. Sin embargo, debe tenerse presente que muchos de los poemas siguieron un camino complejo: su publicación en diarios o revistas; su edición en plaqueta; su integración en el cuerpo de un libro determinado y su inclusión en otros libros (más bien antológicos) de tipo temático más o menos acusado (*Poemas prohibidos* y *Transa poética*, por un lado, y *Estampida*, por el otro) al lado de poemas inéditos de la época o de poemas rescatados de años muy anteriores.

En consecuencia, hacer un libro en el que la poesía reunida lo fuera por su orden cronológico de factura no era posible, pero tampoco dejar que la publicación en libro dominara por completo la escena. Así, en general, se tomó el orden de aparición de los libros, aunque en ciertos casos hubo de hacerse un seguimiento cronológico: desde luego, está el caso de los *Poemas prohibidos* — todos ellos fechados, aunque se descubrió algún error— y el inverso de *Transa poética*, donde, para que fuera mayor el “engaño” — así lo consigna en la nota introductoria—, el autor eliminó las fechas.

II

Acerca de *Poemas prohibidos y de amor*, algunas precisiones más: publicado en 1973, contiene poemas que se remontan a 1936. Desde luego, los poemas que Efraín extrajo de los diversos libros que reunió en *Poesía 1935-1968*, cuya “Breve explicación” pretende darnos las razones para dejarlos de lado en esa edición, han sido reintegrados aquí a su libro de origen. Pero el libro contiene igualmente poemas de épocas remotas que nunca había recogido (como por ejemplo “Presencia de Federico García Lorca” y “Ellos están aquí”, que datan de la Guerra Civil Española), otros recién escritos (como “Hotel Caribe, Panamá” y los “11 poemínimos”) y algunos poemas de amor inéditos.

Era obligado destazar el libro para devolver los poemas a su época, a ese lugar que les corresponde por su directo compromiso con acontecimientos nacionales e internacionales del momento y por su vínculo con aquellos poemas *extraídos*. El lector encontrará, por lo tanto, varios cuerpos de poesía encabezados por el título de *Poemas prohibidos y de amor* en los espacios que aproximadamente corresponden a los años 1936-1943, 1944, 1946-1948, 1957-1961 y 1972-1973 (pp. 65-80, 99-103, 157-169, 251-271 y 311-318), o sea un total de cinco grupos de poemas.

El otro escollo considerable es *Transa poética*: como su nombre lo indica, implicó un confesado engaño al lector, dándole en bandeja de plata poemas ya publicados (siete de *Los hombres del alba* y otros

siete de *Los eróticos*, cuatro de *Circuito interior*, cuatro más del volumen de *Poesía 1935-1968* e incluso uno de *Poemas prohibidos y de amor*). Ante este saqueo, “como buen transa” —que dice de sí mismo Efraín Huerta—, lo único que resta son 12 poemas más o menos inéditos y el poema, publicado por separado en el mismo año, “Amor, patria mía”. Ante la falta de fechamiento, los poemas que quedan —estos 13— aparecen reunidos bajo el título del libro en el lugar que le fue dado por su fecha de publicación.

Vemos pues que la *Poesía completa* que aquí presentamos sigue en lo posible un orden cronológico —que puede ser el de la fecha del propio poema o el de la fecha de publicación del libro en su primera edición—, con la evidente salvedad de aquellos poemas sueltos de los que carecemos de una fecha de terminación fidedigna, de los que “mañosamente —volviendo al propio Efraín— he suprimido fechas y dejado que el poema tome su propio vuelo o se arrastre por la superficie arenosa de la inconsciencia lírica”.

Finalmente, hemos de mencionar los poemas que recogimos al final: diversos poemas publicados en periódicos y revistas que pertenecen a la primera época, y que Efraín dejó en el olvido, unos cantos y algún otro claro ejemplo de lo que consideraba “un testimonio sentimental y político que en cierta forma me retrotrae a mejores años líricos”.

III

Queda por decir algo de las versiones de los poemas. De inicio, ésta no es una edición crítica que contemple todas las variantes. De todos los poemas, sólo de unos pocos las versiones posteriores difieren de una manera notable de las primeras publicaciones. La gran mayoría tiene ligeras correcciones de puntuación o algún cambio de una palabra por otra (casi siempre se trata de cambios que dan la misma cantidad de sílabas). En otros pocos poemas hay alguna supresión de líneas...

¿Qué se ha hecho aquí? Dar la última versión.

Quizá se piense que es una afirmación fuerte. A veces la hemos roto. ¿Por qué? Desde luego, nadie puede preciarse de ser clarivi-

dente. Cuando se ha decidido conservar una versión anterior, ello se ha hecho pasando por las siguientes reglas: *a*) comparar las distintas versiones con los originales (donde fue posible, con los originales para la imprenta); *b*) apelar a la lectura en voz alta; *c*) en última instancia, apelar a otros —una especie de arbitraje— que hubieran convivido con Efraín; *d*) ante la duda, abstenernos. Sin embargo, nuestra fue la decisión final. No hay duda de que en su conjunto pueden calificarse de erratas (por desgracia, no hay edición que se salve de ellas). Tales erratas —sobre todo géneros equivocados, palabras “caídas”, versos cojos...— han sido corregidas, pues, en esta edición. Que nuevas erratas no hagan de este libro una nueva versión.

Una última observación acerca de las fechas que aparecen al pie del poema: hemos restaurado las que hemos encontrado y corregido algunas que eran imposibles por lo que dice el poema o por comparación con la fecha de publicación. Se trata de un primer intento de fechamiento que seguramente puede ser mejorado y que creemos necesario para darle su lugar en la sucesión del tiempo a cada poema.

MARTÍ SOLER
10 de agosto de 1987

ABSOLUTO AMOR

I

Para Adela María Salinas

I

Ser de ti y en tu rostro
asir nuestros espacios;
limitar lo invisible
muy cerca de tus labios.

Prenderme con mi noche
y olvidarme en tus aguas;
deshojar nuestros campos
en el cristal del aire.

En medio de mis años
intimar tus corolas
y en el claro de tu alma
deslizar mis delirios.

Ser de ti con la música
que inventamos al mundo
y en el contorno nuestro
cristalizar paisajes.

2

Nubes cerca de ti
flotando en medio
de la voz que del agua
se acerca a tus oídos.

¿Hacia dónde la luz
y las manos del viento?

Rojos algodón de nube
lejos y entre los árboles
una voz que fue tuya
o del agua o del aire.

¿En qué sitio la luz
y tus manos al viento?

3

Luz de luna de bahía
luz que bebía tu boca
con las ansias de los aires
y la inquietud de las olas

luz que bebía tu boca
con la figura ligera
y la suavidad de cielo
en que mis peces nadaban

con las ansias de los aires
y el miedo verde a la muerte
con sus doradas aletas
y sus gracias marineras

y la inquietud de las olas
resbalando en tu figura
como luz de luna abierta
deshecha en tus ojos frescos

4

Me dio el amor en la frente
con un pedazo de plata
y con fragmentos absurdos
de sangre de hielo y sol.

Golpeóme labio de luna
y esferas verdes de aire
oceánicas con espuma
conchas peces sin color.

Mar verde que me lastima
en los brazos y en el pecho
martirio marino amor
de olas que enciende el dolor.

Me da todavía en la frente
la playa del otro mar
playa con polvos de sol
sábana intensa de luz.

Y en los labios y en la frente
me hirió la piel de la mar
túnica verde deshecha
en la carne de mis manos.

5

Mis noches ya muertas:
cabezas de estrellas sin cielo
espacios y cuerpos sin brazos
mis noches en vilo vacío.

Caminos helados y sombras
caídas dormidas en mí
siluetas y trozos informes
siluetas enfermas de frío

que encubren docenas de vidas
que siempre caminan despacio
nocturna parada sin ruido
delgada amorosa de ritmo.

Sus vidas asidas prendidas
extensas de muerte y cansancio
heridas sin sangre perdidas
nutridas en zonas de hielos.

Las noches sin vida ya rotas
estallan y extrañas tormentas
de carne se encuentran sin rumbo
y sangran espacios sin aire.

6

Sin esa estrella tuya
sin los muros de vidrio
que sitian tu belleza
sin la prisa soñada
tantas horas y calles
sin esa huella tuya
resumen y principio
de preguntas y siempre
y el aire de tu ausencia
ennegrecido y hondo
húmedo aire alisado
que duele como espina
como estrella afilada.

II

*Para Andrea de Plata
y Rafael Solana*

ANDREA Y EL TIEMPO

Inmovilizada tarde
cercana al suicidio. Sin eternidad
en los cabellos ni en el tiempo:
madre perfecta del otoño.
Sus labios, como los de Andrea,
suaves, sin recuerdos.
Sus venas, como las de Andrea,
finísimas, sin relieve.
He sabido que los árboles
desprecian su estanque de sonrisas,
tarde. Y mañana es futuro,
insensible futuro con cabeza de estatua,
y no hablarán los odios,
y el acuerdo será mutuo
en esa revolución del jardín.

Por la noche se precipita
la inquietud en mis brazos.
La inquietud es muy parecida a Andrea
en el estilo de no llegar
a tiempo. Como Andrea
en la manera de ser bellísimos
sus hombros. La tarde nunca supo
hacerse a la medida de mi dolor.
El dolor me tiembla en las manos:
la ausencia de los senos
de Andrea, exceso de costumbre.
Todo tiene derecho a la belleza.

Inmovilizada Andrea:
un infrecuente desorden

de ironías y emociones
me tiende su amistad.
Mis motivos son claros
como la adolescencia
de un espejo.

LA AUSENTE

Arriba del silencio,
con la luz en declive,
mi retrato de niebla.
Puramente un clavel
y una gladiola. Y tú,
dominadora de ti misma,
aguja en mi cerebro,
síntesis de mi edad.
La meditación diaria,
como una resbaladiza
palabra de ternura,
se me clava en el pecho:
seguramente oye
la rapidez absurda de mi sangre
o el fin de tu recuerdo
sobre mi piel. Arriba,
donde las palabras se vuelven
pedazos de cielo, un algo
de mi muerte se siente.
Tiniebla tibia, dibujo
de mi voz.

ODA DEL DESTIERRO

De vena en vena los sonidos grises
y los gritos de mármol de tu abrazo.

He de buscar un día nuestra esperanza
unificada, ausente de tu boca,
inmóvil en los dedos del tiempo,
ansiosa de mi pecho. Con líneas
de jardín y de serpiente
la firma de tu voz, como decir
ahogado entre los labios.

Qué tranquila mi mano
en tus recuerdos, en toda la extensión
de la palabra ausencia.

De pronto el pensamiento que se mece
en llamas de claveles, y nardos
como rayos de humo, y senos
como espacios de plata y azul.

Elegida por mí tu cruel memoria
muy blanca en mi cerebro, prendida
en los cabellos de mi sombra.

Tu virtud que serena soledades
y nudos de minutos, que siembra
tan segura de sí misma
la desnudez del pulso, qué redonda,
vestida de palabras y misterios.

Y tu cuerpo violeta, como noche
nacida en las arterias del tiempo.

Y tu beso pequeño.

Destierro. La inicial de tu nombre
es un desierto negro sin ruta
y sin conciencia. Tus ojos
son espejos al paso de la niebla.

Te amo. Mi amor que va en silencio,
naciendo de su sueño, en el umbral
de tu alma, en torno de sí mismo,
se sabe dibujado
en un paisaje de agua
con los nervios de vidrio. Ahí:
con las espinas de mi pregunta herida
y las manos de asfixia del destierro.

La palabra resbala.
Palabra sin edad, en huida.
Desnudez en el cielo.
Rosas tibias en la vertiente
suave y violeta del destierro.
Cuerpo de niebla
en divino altorrelieve.
Ojos grises, vecinos
de todos los inviernos.
Soberbia rebelión de las mayúsculas
cuando el nuevo convenio
entre las tempestades
y el subsuelo.
Entre el espanto del deseo
y el sabor a manzana de los senos.
Las sirenas ancianas,
para la angustia del naufragio
paren robustos ángeles
con cara de martirio
y sexo de cristal.
Y el sueño en el umbral
de la niebla. La voz
se quiebra en cuanto
principia a ser mi voz.
Tengo en mi biografía
capítulos de espectro apuñalado.
Momentos de cadáver
de estatua. Segundos
de un amor que no es el mío.

LA ESTRELLA
Poema de niebla

Para Anne Sten

Labios como el sabor del viento en el invierno,
dientes jóvenes de luna consentida en la llama del abrazo.
Se endurecía la noche en tu garganta.
Espacio duro de tus senos. Amarilla y quemada,
la inesperada sombra de tus piernas en las alas de los pájaros
cuando tus dedos en un juego de látigos
hendían prisas de frío.
Que nos perdonen las sábanas lunares de los árboles
y el sueño arrebatado a las estatuas,
y el agua estremecida con la caída
del deseo. Tenías los ojos limpios, Andrea.
La estrella de tu frente como herida de vino,
enferma, detenida en mi boca.
Había un mundo de silencio en tu cuerpo,
como si la muerte se hubiese mirado en un espejo
o varias rosas en agonía hubieran imaginado
un paraíso de nieve o de cristales.

(Ahí perdura solamente lo desconocido
que nuestros labios apagaron.
El recuerdo es materia de belleza poseída y escrita
en páginas en las que un poco de amor pasó rozando.
Como el recuerdo gritarían las cabelleras
mojadas en acuarelas de angustia.
Así serían las voces de los aires helados fundiéndose
en las aristas de una montaña de bronce.)

Te corría por la espalda una gota de sangre
de mis venas. La noche, con la niebla
y el silencio en medio de los senos, nos veía y procuraba
cambiar su propia ruta.
Que nos perdonen las mismas pinceladas de la aurora.

Exprimidas las horas como cerezas en nuestros labios,
apenas un instante de tus hombros
se deslizó en mi sueño.

ENVÍO

Sucede que no entiendo esa claridad rubia
que nos hace los ojos como sed en desierto.
Pero no importa el ruido de tus dedos
en nuestra soledad fiel y serena.
Y esta función insigne de la luna
asoma enferma de tedio en el poema,
sin las antiguas ansias
de rosa abandonada a su suerte
de cielo. Andrea: mañana
seguramente hay sol, y en verdad que lo siento.
Hay mucho de razón de existir en el día,
y eso me vuelve principio de camino
sin objeto, cementerio de situaciones
absurdas. Un odio triste apenas,
cuando es preciso y no altera
el nivel de la noche. Andrea: qué placer
de pensar en el tiempo como agua,
tener las manos negras a fuerza
de levantar razones del suelo,
Andrea. Sobre tu frente inteligente
un poco de mi aliento,
porque solo no entiendo muchos temas
ni el deseo unificado de mi muerte.

ELEGÍA

Ahora te soñé, así como eras: sin deslices en la voz,
con inmóviles sombras en los brazos
y tus geniales segundos de estatua.
Así como eres todavía: copiándote a ti misma,
cuando no eres ya sino la espuma de tu propia vida.

Bien te sentí en mi sueño como verso divinizado.
Mi tristeza no cabía en el fondo de mi dolor
y fue a manchar la noche de violeta.

El propio ruido de tus piernas habría despertado
los estanques, los recuerdos que a veces olvidamos en los huecos
de los jardines,
las horas que nunca fueron más allá
de donde hoy se desangran segundo por segundo,
el silencio de muchas ventanas,
antiguos y pulidos razonamientos, montañas de destinos.

De un seno tuyo al otro sollozaba un poco de ternura.

Anoche te soñé y no puedo decirte mañana mi secreto
—porque el amor es un magnífico manzano
con frutos de metal envueltos en piel de inteligencia,
con hojas que recuerdan gravemente el futuro
y raíces como brazos sumidos en una nieve de santidad—
la misma ruta de mis dedos no podría encontrarte
ahí donde te guardas tan perfecta.
Yo no sabría elegir sino violentamente mi presencia:
te llenaría de asombro; acaso tu memoria no me crea.
Mi fatiga te gritaría un absoluto amor.
Por el cristal de aumento de la luna
la sonrisa de Dios estallaría.

Y mi cuerpo se deshace en gotas de mañana.

PAUSA

Recuerdo de Anne Sten

Entre lirios azules y aristas de recuerdos
envueltos en pañuelo de seda,
todo lo que es mi vida. Deshecha
en una raya de la noche,
en ese vidrio que sangra en la ventana,
sobre tus hombros.
Entre la luz y el cadáver de una hora,
mi vida. Sin cantos, sin esquinas.

Lenta y precisa, acostada en los días,
en el nivel de la lluvia y el frío,
vestida de reflejos, esbelta,
distráida, te presentas junto a la novedad
de verme solo. Te sonríes
y el dibujo de tu boca ya lanza
en fuga los silencios y los lirios.
El pañuelo que vuela, abandonado,
sin haber memorizado un camino,
un descanso, una futura ausencia.

— Mi soledad te huye.
Este humo pretende perforar las paredes,
el agua se desbanda por el suelo,
tu retrato se desconoce tuyo.
Mi soledad me pertenece.
Nunca se cansó tanto el vidrio del reloj
como ahora, anotando tus senos,
tus cabellos, tu asombro
enfrente de mi angustia.

Entre ruidos de lirios parece tu recuerdo,
se ahoga tu perfil. Y mi vida camina
inmersa en lo absoluto de las noches,
sin gritarte, sin verte.

Sueño por entre las tinieblas: sueño amarillo
en el que los cabellos dibujan el camino,
camino recto, blanco, sin abismos.
Mi palabra y mi sombra en el vacío
de muerte; mis pasos rompen lisas
figuras de recuerdos. Una desnuda roca frente al cielo
se muere de no ser automóvil.
La sangre de los pájaros decapitados ayer mismo
rueda y llora extrañando las rodillas lunares
y mi voz sin objeto bajo los senos oscuros de las nubes.

Calladamente la camisa boreal de la mañana
se clava en las ventanas y en el marco plateado de los insomnios;
se sacuden los muslos las mujeres
cuando piensan que volverán a ser estatuas sin motivo.
Se quedaron sin ojos la madrugada
y las hojas del jardín;
pero aquel frío vestido de manzana nunca lo sabrá,
como lo ignoran las hiedras que abrazan los capiteles,
así como yo mismo estoy por olvidarlo
en el quicio de la primera puerta sin suspiros ni despedidas.
En absoluto adolescente, la mañana se recoge la falda
en el momento de mi voz despierta.

Sueño sin máscara, amanecer sin oídos:
el muerto y la invitada se reconocen en mis manos,
me golpean en la espalda con cilicios desnudos,
asesinan la fiebre en mi garganta,
desmenuzan bajo los pies un sobrante de vida.
La danza vuela en mi cerebro como mariposas de estaño
recién llegadas a una playa. El eco de sus pasos
vuelve la vida a una camelia, madura mi presente,
agota lo que posiblemente sea dentro de quinientos años.
La invitada se desgarran los senos

con las uñas de una venus de mármol.
Sin violencia, mi pasado me ahoga, como si ya fuese un cadáver
o un cuerpo abandonado en la más negra galería de una mina.

III

Para Carmen Toscano

LA FECHA DEL CANTO

Cuando ya los sueños maduren
y los ojos sean como las hojas mojadas
las espigas gotas de llovizna en el aire
cuando los tiempos nos vuelvan de piedra las manos
cuando los témpanos resuelvan ser hiedra en la borda
de los trasatlánticos polares
las naturalezas muertas justifiquen su estancia en los museos
o resuciten en el filo del trópico
en el día que manzanas de plata
rematen agujas de angustia
cuando en las playas vendan las sirenas
pajaritas de espuma
cuando las redes pescadoras se fabriquen
con cuerdas de violín y cabelleras de luna
cuando la voz
sea vida en el espectro
entonces
la fecha del canto.

Te llamaré mañana...

PEDRO SALINAS

MAÑANA la mañana sí cogerá tu nombre de mis labios
como letras de nieve innumerable y tierna
en la niñez de una montaña
o en la madurez de un lago abierto a la caricia de los patines.

Mañana la mañana de tu nombre:
estrella en el florero de la niebla

imbesable y remota
dulzura lívida la danza de las vocales
y el juego delgado y feliz de las consonantes.

Insisto en que mañana
el grito limpio en la garganta de las primeras horas
será la extrañeza lunar de un nombre que es el tuyo:
dintel plateado en la puerta violeta de la noche
frontera y horizonte en los espejos
litoral de la piedra color fábula
y el mármol color destierro.

Mañana qué mañana
y qué lío entre las venas de tu nombre.

VERDADERO JUNIO

Es que te siento vivir la voz
junto a mi carne llena de absoluto
y contener tu vida de fuego
cuando roza la mía
sin sueño sin murmullo de venas.

Tu voz salva el lindero de la música
y exprime el aire
como tus dedos las cerezas de junio
en el cielo de junio
como tu boca las rosas de junio
en el prado de junio.

Te siento transparente con tanta vida
que ya tus brazos quemar
y apresuran las pausas
del abrazo.

Es que dentro de mí vive tu voz
las pruebas son tu vida
y tu viva mirada.

... diosa mía serena

BAUDELAIRE

EN EL estanque y la noche la sombra de mi voz
el hueco de tus manos
como un antiguo espejo fabricado con la piel de unos senos
suavísimos como un abismo de nieve.

Una suave luz en tu cuerpo
aire y luna de la noche
el estilo perfecto de tus besos
el golpe del cristal en tus piernas durísimas
la magia dorada de tus cabellos.

Que no descansen nunca ese algo de crepúsculo
que ciñe tu cintura
en cada segundo y en todo tiempo
como si fuese un afortunado olvido del Angélico.

Diosa mía serena
ya no recuerdo qué paisaje de verano
tenía que llevarte ayer
pero en mi memoria caben cerca de cien recuerdos
de fracasados destierros.

Hoy te mando la historia de un insomnio
porque ya no me explico las noches
ni el destino de las semanas
sin el pulso de piedra de tu serenidad.

A LO LARGO DEL VIENTO

Elogio de aniversario

Camino
con motivos de frío
porque un helado viento de altiplanicie
mordiéndolo las espaldas de la tarde
inútilmente clara
asesina las sienes de las estatuas
los talones sin alas de mi sombra.

Porque sin un espejo que romper
inerte
caería sin sentido
en aquel amplio zócalo de recuerdos
a la mitad del río
en el vientre de los tranvías
en el seno de unos ojos sin nada.

Me hieren sin querer
las inmóviles ramas de los edificios
los árboles sin manzanas
la imagen de una tormenta sin memoria.

Sangrando
con sus dientes helados
las velocidades y las bocas
una lluvia sin piernas
y con los hombros cercenados
moja el principio de la noche.

Las ruedas de los vientos
hacen crujir las arterias
de los ángeles rezagados en las avenidas.

Saltan a las tinieblas
los huesos verdes del jardín
enardecidos prestos con banderas de agua.

Suerte resucitada
a lo largo del viento.

Amada blanca
así como las piernas de un viento
abrumado de polos.

Amada
más amada que granitos de estrella
que la ocasión heroicamente pura de tus senos
que ilimitada suma de impurezas
más todavía
que el sueño dulce de tu perfil
junto a mi propio cansancio
que el suceso dorado de tus muslos.

Son como el esqueleto de la luna
y unos labios mojados en anís
esos pasos del viento
como un espejo presentido
en el que un pico de canario se muere de amarillo
pero a lo largo de su espuma
cuántas gargantas azules destilan un aceite invisible
dentro del cual un pájaro se baña
estremecido de reflejos
qué de preguntas giran en la noche
agitando pañuelos y camisas.

Eres en resumen lo desconocido de ti misma
lo candente y sincero de tu cuerpo
la fotografía de tus senos.

Eres un poco de camino en el viento.

LA ENFERMA

Habría que esperar el tiempo noche
o mi sueño y la biografía de la primera nube
guardar las palabras en el agua del jardín
o mejor nada como ese paisaje de plata
ausente sin horas.

Porque los ojos tibios del recuerdo
se vengan del presente con un dolor de brazos
y alguna inesperada blancura en la boca.

Sí habría después un cuerpo hermoso
atravesado en la bruma del otoño
con un mucho de playa y un pañuelo en la mano
previniendo los pasos de Verlaine a Cocteau.

Así una infancia buena
provista de canciones terribles
y una sabiduría nacida en un infierno de flores.

Y si a pesar de nada con estos charcos de poesía
cayesen de la noche avisos plenamente ecuatoriales
y si en un lento abismo como labios mi voz.

Estatua de niebla en mi corazón de la ciudad
en las venas del tiempo sobre la piel del frío
estatua después del amor tus ojos grises
forman el primer término de mi angustia
son la sed de los míos
y este suave silencio violeta de mis dedos.

ESTUDIO

Bebiendo las sombras delgadas de los árboles
cuando el cielo estaba despiadadamente mojado de luz

yo mordía el aliento a soledad que nos rodeaba
besaba la plata en polvo que endurecía tus brazos
dejando en su camino un exacto bosquejo de amor.
Pulsando el ruido de tu cuerpo en mis brazos
y la luz de tus senos y tus hombros
como si la perfección se encontrase en la palma de mis manos
y los ojos no fuesen sino bocas llenas de sed.
En esa presencia íntima de piel de durazno
precisa y firme
sabida y sabia estrella
inteligente fruta y extrañísima figura de carne
me recorrió los brazos la verdura del grito
que oí en los labios del valle o en el corazón de los ríos
como pidiendo a mi pecho
la absoluta certeza del espacio y el tiempo vividos en
tu estupendo silencio de aurora.
Así como apretando en los poros el sabor de todas las manzanas
quedo por hoy por siempre
bebiendo el beso en polvo de tu estudio poema.

ABSOLUTO AMOR

Como una limpia mañana de besos morenos
cuando las plumas de la aurora comenzaron
a marcar iniciales en el cielo. Como recta
caída y amanecer perfecto.

Amada inmensa
como una violeta de cobalto puro
y la palabra clara del deseo.

Gota de anís en el crepúsculo
te amo con aquella esperanza del suicida poeta
que se mecía en el mar
con la más grande de las perezas románticas.

Te miro así
como mirarían las violetas una mañana
ahogada en un rocío de recuerdos.

Es la primera vez que un absoluto amor de oro
hace rumbo en mis venas.

Así lo creo te amo
y un orgullo de plata me corre por el cuerpo.

1935

CONTINUIDAD

Continuidad niebla prohibida
gota violeta declive de mi sueño
rúbrica fiel de una misma palabra
aurora torbellino desnudo
reflejo en ruinas de tu aniversario
preguntas adheridas
a la evasión solemne de tus muslos.

Insistes en compacta sucesión de movimientos
como metales en abismo sin tregua
en la piadosa geometría de tus labios
y tanto de ternura destilada en mis venas
el grito de mis dientes
en la hiedra morena
que resucita tu cabello delgado.

Dominio y sombra en el escorzo
dibujo de tu beso
continuidad dorada de tu cuerpo.

FINAL

Aliento de ángeles morenos
Surcos de plata en la madurez de la noche
Esta agua como acento del amor
La mirada se cambia en pensamiento ajeno
Y desigual mi voz
Ensayo en lumbre la tristeza
Sangre y nieve explicando mi memoria
Muslo suave como señal del sueño
Beso bajo la influencia trastornada del día
Reflejo de tu vida en el bronce desnudo
La sangre aquella verde del paisaje
Hojas en gris en el invierno inmóvil
Los sonidos son perlas en las orejas turbias de las estatuas
dementes
Un cielo de deseos flotante y absoluto
La ausencia es un demonio con los ojos en blanco y el pecho
de cristal
En mi sombra perfiles extraños a mi cuerpo
La ciudad es testigo de mi constancia en ella
Tengo la negativa del infierno y los ensayos de mi locura
Viene zumbando el viento del destierro
Manzana tejida con sílabas de humo
La original caída de una cumbre de asombros sin nieve
Un interior de angustia como los ojos de un cadáver
Después una sonrisa franciscana del Bosco
Aliento de ángeles morenos.

LÍNEA DEL ALBA

A la memoria de Genaro Estrada

I

Letra capitular del día:

ancha de corazones y gotas de aguamiel,
dintel perfecto, lago de leche deslavando ternuras,
en las hojas del día memorizo tus senos,
lo que tienes de playa blanqueada por el insomnio,
por la pureza turbia, por la clara pereza.

Sostengo en mi camisa tu lección virginal de violencia,
el impulso magnífico que arranco de tu pecho.
Ese fondo de claveles cobrizos de que naces, me guía.

Letra limpia del alba viva:

lejana de romances cantados con azúcar y azahares en la boca,
de sonetos envilecidos.

El alba redimida.

II

Sobre una noble lengua de nieve inmóvil,
mi sangre recia y el agua terrible de tu recuerdo,
nuestro amor como un espejo amarillo,
el vidrio blando de tu nombre,
el verde mortecino de la distancia,
nuestros besos que parecen orejas ardiendo.

Sobre la nieve inmóvil del triunfo,
la profunda corteza del olvido,
el hierro vegetal de los abrazos.

Sólo apretadas nubes y una orquídea
motivan turbia risa
y túneles al viento brusco gesto de odio.

No te creas fugitiva razón ni emblema suave,
clara medalla sobre el pecho,
resto lunar en las piernas del río.

Eres mi bella nieve inmóvil,
lengua violeta del alba redimida.

III

Tienes la frente al alba:
ella cuenta los poros de tu cuerpo,
en laderas de sueño,
con los hombros quemados.

En el alba se vierte la costumbre del alma,
se agita el pulso del deseo
como si fuera un ciervo
duramente alanceado
con agujas de bronce
o pestañas de vírgenes.

Tienes la frente al alba
y pedazos de niebla
volando de tus senos
a mis manos.

IV

Alba de añil vagando entre palomas,
asombro de montañas y de plumas,
blanda manta del día, perfecta causa
de los estanques con violines claros.

Alba de añil soñando por jardines,
con sorpresa de estatuas y ventanas,
puliendo los deseos, dando serenas
y templadas columnas al olvido.

Alba de añil, apresurada fruta,
deshecha estrella reclamando sitio,
lluvia de cabelleras, miel sin ruta,
alba suave de codos en el valle.

Alba de añil hiriéndonos la muerte
que tenemos por sueño y por amor,
desesperando besos, despedidas,
tirando espejos en el mar del día.

v

Cuajada de cadáveres de lunas,
soberbia parturienta de plata,
fruta todavía niña:
cuelgan de tu cintura los insomnios,
los gritos de las vírgenes te ciñen.
Alba pausada,
alba precipitada,
alba tallada en alas de demonios.

Recia de lenta lumbre en tu garganta,
te vuelve suave el agua tibia del deseo,
te convierte amarilla certidumbre,
dudoso espejo y claridad pasmada.

Bebiéndome tu sangre,
asiendo los brillantes de tu pecho,
estoy creyendo
que el deseo es mordedura de tus dientes,
que el sexo es el perfecto motivo,
que las estatuas son imbéciles.

Muy cierto, alba pautada por miles de uñas desveladas,
a lo largo de tus estrías fabricadas por picos de cipreses,
corren lívidos sueños, violados pezones de muchachas.

Alba de mayo,
singular promesa.

VI

Cuchillos en tumulto.
El alba de metal y de tormenta en frío,
enloquecido templo de suspiros,
rotundo piano en que maduran manzanas.
Agua furiosamente labrada,
agua del alba.

La lluvia del alba es una caída de guitarras.
Alba sonora de centellas,
tumulto en puntas de cuchillos.

(El alba de tu vientre,
de tu sexo,
sobre el chorro de mármol de tus piernas,
en esa quieta espuma de tus pies.)

Aire líquido,
soberano del alba entre la lluvia
linda de altiplanicie,
cuchillada del sol sobre el deseo,
agrietando el placer,
entumeciendo sábanas y labios.

VII

Cirios confabulados,
altaneros espejos en parada,

avenida con árboles lechosos:
alba romántica y desquiciadora,
hombros de nata helada,
axilas con jugo de naranja.

En tu grupa de seda
duermen borrachos fresnos,
mueren pájaros blandos
y orquídeas en desorden.

Crucificada de níquel y cobalto,
cortejada por ángeles y nubes,
vinos regando en toda la ciudad,
animando mordidas.

Alba y aurora,
regadera de plata,
cinceladora blanca: toda alba.

VIII

Amante siempre requerida,
cascada de granizo, exprimido rosal,
tibio lirio sin voz como sirena:
en tu boca de valle y de montaña limpios
bullen pianos y canarios en agonía,
chillan falsos poetas como becerros de año,
se desperezan doncellas amablemente violadas,
perecen los anillos y collares perdidos,
porque tus dientes son de vidrio,
de un azul quemado tu garganta.

Vengan al alba, amigos,
a estremecer sus labios y sus manos.

Amante diaria,
claveteada por besos y blasfemias:

qué rabia con las violetas y las tardes,
con las ojeras falsas y los junios de alabastro,
con las bocas pequeñas y los pezones como fresas.

Rompe lanzas, amante amada,
tus lanzas de porcelana mojadas en esperma,
contra esas tristes cosas.

1936

POEMAS PROHIBIDOS
Y DE AMOR
[I]